

Revolución Socialista

ORGANO DE LA JUVENTUD SOCIALISTA UNIFICADA

Año I - Número 6

MOLINA DE SEGURA

Domingo 18 Abril 1937

Sobre todo, nuestra Independencia

Por algunos compañeros de relieve personal en el movimiento juvenil socialista se ha planteado una cuestión que merece un examen detenido: la independencia de nuestras Juventudes Socialistas Unificadas ante los dos partidos políticos del proletariado. El camarada Torregrosa, en su artículo de «Nuestra Lucha», pone el dedo en la llaga al postular, haciendo que cobrara valor real el concepto emitido por Santiago Carrillo acerca de la misma cuestión, un sentido de independencia rigurosa para las J. S. U.

La idea es perfectamente lógica y no puede hacerse sospechosa nada más que a los sectarios de uno u otro extremo. Nacidas las J. S. U. de un doble movimiento juvenil, cuyas ramas permanecían entre sí independientes orgánicamente e ideológicamente, justo era que se situaran en un plano de absoluta independencia —ideológica orgánica— ante los partidos marxistas de que, sin embargo, procedían.

En su interesante informe de la Conferencia Nacional, el mismo Santiago Carrillo dijo: «Nosotros no somos socialistas ni comunistas: somos la Federación de las Juventudes Españolas». ¿Que quería decir con ello? Sencillamente, esto: «Las J. S. U., orgánicamente, son independientes, tienen una línea política particular y unas normas de organización propias; pero cada uno de sus militantes puede, a pesar de ello, ser miembro del partido que mejor interprete, según su juicio, las aspiraciones del pueblo español».

Planteada así la cuestión, todo queda en su lugar, y nadie puede creerse ofendido en su pensar político. Pero un grave problema surge en el mismo instante en que algunos afiliados tratan de hacer una política determinada en el seno de las J. S. U., cumpliendo las consignas de sus dirigentes de partido. Y entonces es como reacción justificada, aunque consecuencia de un estado de pasión, se produce un fenómeno contrapuesto: La iniciación de una corriente divisionista de los que se consideran lastimados por el proselitismo de aquéllos que podrían comportar grave quebranto a la misma unidad.

La cuestión así queda planteada en un plano de sectarismo inadmisibles. De un lado, los que manobran en favor de una tendencia de partido; de otro, los que ante ello reaccionan propugnando la «vuelta a las antiguas J. S.» Entonces tiene que imponerse la posición del buen sentido, sometiendo a todos a la única disciplina posible en nuestra J. S. U.; la disciplina de su unidad y su independencia. Una independencia y una unidad perfectamente garantizadas por los cuadros dirigentes. Sólo así podríamos pedir que las cosas volvieran a sus quicios.

La tesis de estas consideraciones no puede

estar más a tono con la línea acordada en la Conferencia de Valencia. Pero también es conveniente que se tenga en cuenta algo que por muchos se quiere olvidar. En primer término, la austera tradición, la gran autoridad política y moral del Partido Socialista; después, las gloriosas campañas de Largo Caballero, auténtico animador de nuestra unidad actual. Sería indignante una falta tan grave de desagradecimiento, y, sobre todo, un formidable error político que siempre gravitaría sobre la conciencia de quienes lo cometieran. De ahí que seamos los primeros en pedir a esos «olvidadizos» un poco más de seriedad política, compatible —y hasta consustancial con su nueva fe comunista. Que no es lícito ser entusiastas de una posición toda la vida, y de la noche a la mañana, convertirse en los peores enemigos de esa misma posición. Pero, entre marxistas, no puede ni debe ocurrir.

El Partido Socialista, pese a todos, seguirá siendo el primer partido político del proletariado español, y Largo Caballero, a pesar de las campañas sucias que contra él se han desarrollado, será mientras viva el caudillo insustituible de la clase trabajadora y aún del pueblo español en armas contra sus enemigos. ¿Que querían los «olvidadizos»? ¿Que todos «olvidáramos» como han «olvidado» ellos? Si esto es así, estaban profundamente equivocados. En la órbita de nuestra personalidad, los que siempre fuimos lo que somos, seremos así toda nuestra vida; socialistas, marxistas, revolucionarios. Socialistas, a secas, sin remoquetes ni redundancias de adjetivación. Y no tenemos por qué avergonzarnos de serlo. Nos avergonzaríamos precisamente de todo lo contrario: de enrojecer, humillados, cuando alguien nos acusara de haber sido socialistas.

Los mejores amigos de nuestra unidad deben tener esto muy presente. Que respetaremos el criterio personal de cada cual en la medida en que se respete la disciplina, la independencia, la unidad de las Juventudes. Somos lo que hemos sido, y seremos lo que somos; pero en el interior de nuestra conciencia, en la órbita limitada del Partido. Y en las Juventudes, unos militantes disciplinados, que en ese instante no se acuerdan de las consignas de afuera ni de las indicaciones y sugerencias de nadie, y que sólo son servidores de una única disciplina.

Y en cuanto a la posición de los llamados «divisionistas» ¿cómo se liquidaría con más facilidad? Restableciéndose el buen sentido en todos, volviendo a la democracia interna, recuperando las normas que fueron el más legítimo orgullo de nuestra gloriosa Federación. Así, y sólo así, la independencia debe ser nuestra primera preocupación

Angel Alvarez Castellanos.